

57 15 - 125
7/047-10
R 601

X BOLETIN X

DE LA COMUNION CATOLICO-MONARQUICA

N.º 2 Mayo, 1978

Dirección y Redacción: Maestro Victoria, 8 - Madrid-13

Dp. L. M. - 11377 - 1978

EDITORIAL

Explicamos en el número 1 de nuestro BOLETIN las razones por las que la COMUNION CATOLICO-MONARQUICA, heredera de los 145 años de lucha carlista, se presentaba en este momento ante los españoles con la firme decisión de participar en el quehacer histórico de construir la Patria y apuntamos, con claridad, quiénes, a nuestro criterio, no podrían militar en las filas de nuestra asociación política.

Conviene, ahora, precisar cuál sea el espacio que ocupa en el ámbito político español del presente, el tradicionalismo carlista —por nosotros representado—, y cuáles sean las notas que nos diferencian de otras opciones políticas, aparentemente próximas a nuestras metas y fines.

Se asegura con frecuencia que existen dos Españas radicalmente enfrentadas: la religiosa —nacionalista— y la revolucionaria marxista, y se afirma, en consecuencia, que todas las fuerzas más o menos católicas y más o menos nacionalistas, deben tender —con urgencia— a la constitución de un bloque que se oponga al comunismo, con objeto de limitarlo, y en su caso, vencerlo. Avanzando más, se pretende la creación de un frente ultraderechista de proyección internacional, en donde quepan todas las organizaciones que, por un motivo u otro, se encuentren tácticamente enfrentadas al comunismo.

Así, lo urgente, lo inmediato, sería organizarse en un frente nacional y, a ser posible, en una internacional ultraderechista, para contrarrestar el comunismo marxista.

Pero el carlismo, con sus ciento cuarenta y cinco largos y duros años de combate, sabe que el enemigo, el enemigo concreto, no es exactamente la faceta revolucionaria que actualmente representa el comunismo, sino la Revolución en sus múltiples y variadas facetas.

Porque la Revolución es: mecanicismo, neutralización de poderes, coexistencia formal de credos, moral pagana, absolutismos, democracias liberales, concepción abstracta del hombre, sociedades de naciones y organizaciones de naciones unidas, parlamentarismos, constitucionalismos, aburguesamientos, socialismos, protestantismos, republicanismos, soberanías, reyes que no gobiernan, indiferentismo y ateísmo y antiteísmo.

Esto es: la Revolución es la contra-Tradición, de la que una parte, sólo una faceta, es el comunismo.

El carlismo de hoy, como el carlismo de siempre, tiene su último fin en la ordenación de la sociedad con arreglo a la normativa de la Tradición, que es el pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro, en su unidad de fe católica; en su visión cristiana del poder; en sus poderes templados; en sus cruzadas misioneras; en sus Cortes auténticamente representativas de la realidad social, entendida por cuerpo místico; en sus sistemas de libertades concretas; en su continuidad histórica por fidelidad a los muertos y, en su concepción del hombre como ser concreto.

Por eso, el carlismo entiende hoy, como ha entendido siempre, que la Cruzada —iniciada en 1833— es preciso continuarla en 1978; y ahora, como en sus principios, contra todas las facetas, todas las maneras de la Revolución; sabiendo que a ésta no se la domeñará si se le poda, tan sólo, uno de sus apéndices.

La épica tarea que, con la ayuda del Altísimo, pretende continuar la Comunidad Católica-Monárquica, es digna, exclusivamente, de hombres de fe recia; católicos para los que el gran Rey Don Carlos VII dejó escritos

«Mil veces he oído decir en torno mío: «Pasó la ocasión; esta vez sí que se hundió la Causa; todo se acabó.» Y cada vez que lo oía encogíame de hombros. Una causa como la mía, que es la causa de España y del Derecho no parece nunca, es inmortal. Los que se hunden son los desalentados, los cobardes, los hombres de poca fe, los que por intereses particulares, o sentimentalismos del momento, se cobijaban de paso, bajo nuestra gloriosa enseña, no tanto para defenderla como para ser defendidos por ella.

Al presenciar estos decaimientos contestaba desde el fondo de mi alma: «ADELANTE, HAZ LO QUE DEBES, Y SUCEDA LO QUE DIOS QUIERA.»

¡MARTIRES DE LA TRADICION!

En el recuerdo de quienes murieron sin ceder, mártires de tu fe, en la esperanza de la monarquía federativa y misionera de las Españas.

Oyenos, Señor.

Para que en su ejemplo seamos fuertes en no pecar ni en la comodidad del egoísmo, ni en el desamparo del amilanamiento, ni en la amargura de la componenda traidora.

Fortalécenos, Señor.

Para que no erremos transformando la cristiana letanía de estos mártires tuyos y nuestros en paganas invocaciones de caídos.

Alúmbranos, Señor.

Para que no sintamos jamás la soberbia de los fariseos, ni la avaricia de los oportunistas, ni la lujuria de los desordenados, ni la gula de los medradores, ni otra ira que no sea la que Tú mismo tuvistes contra los mercaderes de Tu Nombre, ni la envidia de los vulgares, ni la pereza de los cobardes.

Ayúdanos, Señor.

Para que en el combate conservemos sin mancha la santa intransigencia de la verdad.

Fortificanos, Señor.

Para que acertemos en restaurar el reinado de Tu Nombre en la unida variedad de las Españas, bajo el cetro de los Reyes legítimos.

Guíanos, Señor.

Para que estos pueblos nuestros sean baluarte de Tu Fe en florida cristiandad ecuménica.

Esperánzanos, Señor.

Para que en la victoria usemos caridad cristiana.

Hermánanos, Señor.

Para que en la estela de los mártires que memoramos, no seamos joven ni vieja guardia, sino eterna guardia de abnegados.

Protégenos, Señor.

Acoge, Señor, nuestra libre y firme decisión de lealtad hasta la muerte y concédenos la gracia de poder rubricar con nuestra sangre, nuestra ilusión: Por Dios, por la Patria y por el Rey.

F. ELÍAS DE TEJADA (+)